

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 33.

SUMARIO.

LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—ANTE DOS TUMBAS, poesia por Josefa Ugarte-Barrientos.—EL CONDE DE MOLLERUCA, por J. F.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—SECCION DOCTRINAL, por id.

LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL.

La caridad es la flor mas pura y bellísima que perfuma el cielo y embalsama las brisas que respiramos en la tierra.

Hija predilecta del Eterno, no brotó como el mundo de su soberano pensamiento, sino que germinó y tomó vida entre los pliegues mas recónditos de su divino corazon.

Rayo purísimo de la blanca luna, destello esplendoroso del ardiente sol, penetra como su luz, ya en la morada miserable donde el dolor se enseñoorea, ya en la oscura prision, ya en el hogar frio del huérfano, ya en fin en la mansion donde la muerte estiende su manto de duelo.

Como es amor, y por el amor está formada,

es ingeniosa y previsora como él, y para todo pesar, para todo infortunio, para toda miseria, halla un lenitivo, halla un remedio, halla un consuelo.

No hay desamparo que no proteja, sollozo que no acalle, lagrima que no enjague.

Ella, estremecida por el gemido primero del ser desvalido que llega á las puertas de la existencia sin nombre y sin hogar, ha creado asilos para ampararle, y á buscado castisimas vírgenes que, ciñendo la sien con la blanca toca, cubriendo el seno con el tosco sayal, sonrian con su sonrisa inocente, recibían entre sus labios la gota purísima de su tierno llanto, y la primera amorosa mirada de aquellos ojos, que no tienen ¡ay! una madre buena, que se mire en ellos.

Ella ha levantado techos que cobijen al anciano, ha ofrecido al enfermo lecho, medicinas y cuidados; ha corrido á los campos de batalla, distinguiendo entre el estruendo de los combates el grito del vencedor de la queja del moribundo, para correr allado de este, restañar su sangre, curar sus heridas, y, cuando ya era tarde para conseguirlo, mostrarle al menos y como último consuelo, el augusto nombre de Dios escrito con luz sobre las puertas de la eternidad.

Ella ha llegado junto á los seres más degraciados de la tierra, ¡los seres privados de razon! y ha escuchado sin temblar sus histéricas carcajadas, sus

amenazas horribles, ya procurando calmar sus espantosos desvarios, ha acercado á sus labios la medicina salvadora, ha sujetado con amor sus manos, y ha derramado la calma y el consuelo, donde la calma y el consuelo no caben!

Ella, atendiendo á todas las faltas, á todas las necesidades de la humanidad, ha intentado enseñar al ignorante, regenerar al culpable, levantar al caído, y mostrar al pecador la senda del arrepentimiento, á cuyo término está el perdón!

Ella en fin, haciendo el último esfuerzo del amor, ha querido buscar la miseria que se oculta, que es la mas amarga y la mas verdadera, y dar pan al hambriento, abrigo al desnudo, y palabras de bien y de verdad á las almas atribuladas que desfallecen ó caen en el camino de la vida.

Para esto ha dicho á los hombres, «olvidad toda idea, todo pensamiento que no sea de amor, y asociadlos para el bien. ¡Los esfuerzos de muchos pueden conseguir mas que los de uno solo!» Y ha dicho á la muger, «tú eres débil y casi impotente para las luchas de la existencia, aislada y sola, tus deseos de bien se estrellarían como la blanca ola, que muere á la orilla del mar: reunidas con otras, seréis como esas flores delicadas y bellas, que ligan sus ramas y resisten á la tempestad: unidos de consuno y seréis fuertes y poderosas, por los ruegos y las lágrimas y el amor.»

Y el hombre y la muger oyeron el santo grito de la caridad cristiana, y el espíritu de Vicente de Paul sonrió en el cielo, mientras en la tierra se formaban las primeras conferencias santificadas con su nombre.

Desde aquel día ¡cuanto bien, cuanto consuelo se ha derramado por el mundo.

Si los ángeles han recogido todas las lágrimas enjugadas por los hijos de San Vicente ¡qué hermosa y ancha alfombra de perlas han podido formar, para que asiente su pié la reina del cielo!

¡Con qué lazos tan dulces y tan firmes al par han ligado al pobre con el rico, al grande con el pequeño, á Dios con el hombre, á la tierra con el cielo!

¡De cuantas almas habrán estirpado la sizaña del odio y la envidia; en cuantas otras al par, se habrá estinguido y ahogado el germen odioso del orgullo y la vanidad!

Pero ¡ay! que como en el cielo mas purísimo se alza de vez en cuando una nube; como la mas preciada rosa siente en su caliz la mordedura de una oruga, este hermoso y grande edificio, levantado por la caridad, también ha tenido su carcoma.

La carcoma de la indiferencia religiosa, niebla fatal que hoy empaña la luz de todas las inteligencias, frío de muerte que hiela hoy todas las almas, soplo

maldito del ángel del mal, que apaga la llama de los mas santos entusiasmos, que mata los sentimientos del corazón, que estingue la fe, la esperanza, y por consiguiente, la caridad su dulcísima hermana!

En pos de la indiferencia religiosa á venido para las conferencias de San Vicente, el olvido, el desden, y hasta... mengua es decirlo, hasta la calumnia mas torpe y mas vulgar.

Si, la calumnia; por que calumnia es querer mezclar su espíritu, puramente cristiano, con las pasiones políticas, con esas cuestiones que agitan una nación y la roban su paz, y á las cuales son ajenas por completo la caridad y la religión!

¡Lejos, muy lejos; apartado, muy apartado de estas santas instituciones está el que las juzga de tal modo!

No sabe, no sabe sin duda que á donde van á penetrar, á donde van á llevar consuelos los hijos de San Vicente, es á las moradas del pobre; del pobre sin influencia, sin instrucción, sin recursos, ¡sin nada! que á los que van á socorrer, con quienes van á ponerse en contacto, son tiernos niños, mugeres enfermas, y ancianos casi decrepitos. Y ¿qué idea política podría utilizar semejantes seres? ¡Oh! ninguna! porque las revoluciones, los partidos, necesitan manos firmes, cabezas exaltadas, corazones sin miedo, y en el hogar donde hay un brazo fuerte, un hombre resuelto y activo, la miseria no puede penetrar, porque el trabajo la cierra las puertas, ya donde la miseria no reina, no se acercan tampoco los hijos de la caridad, porque allí no tienen misión que cumplir.

Además, la mayor parte de esas conferencias están formadas por damas españolas, y las damas de nuestra patria saben orar, sembrar beneficios, ser ángeles de pureza y de caridad, pero ni entienden ni quieren entender de disensiones, de partidos, ni de política.

Ellas con su gran corazón, con su piedad ferviente, rechazan por mi labio esta impugnación: y aún harán mucho más; yo lo creo, yo lo espero de ellas! aún sabrán deshacer el hielo de esa indiferencia religiosa de que me lamento, con el santo calor de su ardiente fe! aún sabrán vivificar las benditas flores del sentimiento, con el rocío de sus puras lágrimas! aún sabrán levantar el espíritu de la piedad cristiana, con la infinita caridad que se anida en el fondo de su alma.

Y, ¡es tan hermoso hacer bien! cuesta tan poco una buena obra!

Con una palabra se enjuga á veces una lágrima, con una moneda se salva á veces una existencia y se compra también un cielo.

Y ¿quién no puede dar ambas cosas una vez á la semana, un día cada mes?

A las que han nacido en dorada cuna y halagadas por la suerte; á las que obligadas por su posición gastan en una gala, en una joya sumas considerables, ¿qué les importa, qué menoscaba su fortuna la limosna que arrojen en la mano del pobre?

A las que viven en la medianía, ¿qué les importa tampoco privarse de un perfume, de una flor, cuyo precio, sin perjuicio de los intereses de sus hijos, puede ser la ofrenda que den al necesitado?

Y ¿adorna tanto el prestigio de la virtud! es tan he mosa una frente coronada por ella, que de seguro nada pueden perder en el cambio!

A los pobres también, á los que viven del trabajo, ¿qué puede afectarles la pequeña moneda que adquieran con algunos instantes mas de desvelos y afán, óbolo bendito que van á ofrecer en nombre de Aquel que dá ciento por uno, al que por El ampara al pobre?

¿Quien sabe las dichas y las recompensas que recibirán en cambio de su humilde don!

Pero ¿á qué hablo de dichas y bienes futuros?

¿Qué mayor premio para un alma creyente, que la convicción de haber practicado el bien? qué mayor recompensa para un corazón sencillo y bueno, que una sonrisa de gratitud, reflejo de los consuelos que siembra en torno de su paso?

Cuando un inocente niño fija en nosotros su mirada llena de esperanza y de gozo, aguardando el pedaso de pan que vá á mitigar su hambre: cuando una pobre madre tiembla de alegría al recibir de nuestra mano las humildes ropas que van á calmar el frío del hijo de sus entrañas: cuando un anciano sin fuerzas, nos mira lleno de afán esperando estrechado el ansiado socorro; cuando todos aquellos rostros sonríen entre sus lágrimas, cuando todos aquellos labios se mueven para murmurar una bendición, que sentimos resbalar en nuestra frente, oh! ¿qué corazón no late de noble gozo? qué ojos no se empañan por una gota de sublime llanto? de qué pecho no se escapa un imno de gratitud al Dios que sabe derramar tan celestiales alegrías en las almas iluminadas por la fé?

Si el egoismo comprendiera los benditos goces de una buena acción, cuantos, y ¿cuantos bienes derramaría por el mundo!

Congreguémonos pues para socorrer á los pobres, para ir á llevar á su morada el consuelo y la esperanza; para enseñarles á conocer á Dios; para hacerles comprender que esta vida es un día y que tras ella está la eternidad.

Asociémonos para ejercer la caridad, y las plegarias de los infortunados atraerán un cielo sobre la frente de nuestros hijos y serán una santa semilla

que haga brotar las flores en el camino de nuestra vida!

Y por las noches, cuando al calor del apacible hogar suenan en nuestros oídos las horas del reposo y la calma, podremos con toda confianza levantar la mirada á Dios, esperando encontrar gracia y perdón en su presencia, por que su palabra divina no puede faltar, y El ha dicho: «bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

Enriqueta Lozano de Vilchez

EL CONDE DE MOLLERUCA.

(Continuación.)

—¡Un asesinato! exclamó el conde rugiendo de cólera al verse cogido en el lazo.

—¡Ah! ¿Llamais asesinato á esta clase de ejecuciones en que el verdugo emplea sus brazos y sus utensilios? Nada tengo que decir acerca de la definición de un acto que yo llamo venganza.

—¡Venganza! ¿Y que motivos pueden mediar entre un cristiano y un moro para escitarla? preguntó el conde.

—La sangre de tu hermano Arnoldo que derramaron tus sicarios.

—¡Perro! gritó el de Urgel recobrando su sangre fría: en vano tratas de injuriarme; las palabras de un musulmán no hacen mella en los blasones de los caballeros cristianos. Entre mi hermano y yo Dios juzgará en el último día. En cuanto á tí, te desprecio como á infiel capaz tan solo de traición y de felonía.

Podré ser asesinado hoy, no importa; un noble cruzado debe su vida al rey y la religión. Mañana caerá sobre Lérida la espada de Don Ramon Berenguer, y mi muerte logrará un triunfo á nuestras armas.

—Hay una cuestión que debe ventilarse entre los dos solos.

—Entonces en la batalla nos veremos.

—¡Asesino de Arnoldo! exclamó el sarra-

ceno, tu existencia ha tocado á su término: no saldrás vivo de los subterráneos del alcázar.

—Bien: estoy conforme. Y cruzó los brazos el enviado.

—¿Donde están tus sayones? prosiguió con desdenoso acento.

—Armengol, has sido hijo rebelde á tu padre, y fatricida con tu hermano mayor. En vano afectas esa calma aparente; tu corazón hierva de rabia y de despecho. Tu no eres rico home, y en tu blason usurpado hay una barra de raza hebrea. ¿Con qué derecho reclamas á Arsenda? ¿Es acaso tu esposa legítima? ¿Por ventura ha muerto el conde de Molleruca su marido?

—Soy por la gracia de Dios, el conde de Urgel.

—Si, conde nombrado por los Berengueres y aprobado por el Santo Padre, porque ignoran la existencia del primogenito de la familia: mas ante Dios no lo eres, el título es usurpado. Hubo un hijo de tu padre y de la ilustre Maria de Peranzules, á quien llamaron conde de Molleruca; heredero del feudo de Urgel, se desposó con Arsenda. Ese Arnoldo, conde verdadero y hermano tuyo soy yo.

—¿Tú! murmuró el embajador.

—Si, Armengol. Privado de madre y odiado de mi padre por escitacion de una judia que fue, y es todavia, señora de Urgel, he sido asesinado por tu mandato al pié de los altares cuando el sacerdote habia bendecido mi union con la hija de Queralt. Armengol, soy tu hermano.

—Mientes, gritó el de Urgel, ni lo eres, ni has sido de mi sangre. Un caballero fiel puede ser una víctima, mas nunca un renegado.

—Armengol, replicó Arnoldo con amargura; es cierto lo que dices, mas los sepulcros no mienten, y si fui sacado moribundo de la tumba lo debo á los musulmanes. Un crimen; la misma muerte me hizo abandonar mi creencia; dejé de existir como cristiano, he resucitado en el islamismo. Los cristianos me rechazaron con el puñal, y los hijos del Corán me ha adoptado: este es el misterio.

—¿La venganza es algun dogma de tu nueva fé?

—¿Está tolerado entre cristianos el fratricidio.

—Lo estaria si se pudieran preveer las apostasias.

—Estamos completamente de acuerdo; tu, Armengol, en el crimen, yo, Arnoldo, en la venganza. Dios, como tú mismo has dicho, juzgará entre los dos. Entretanto no será Arsenda la que recobrará su libertad, sino el marido, quien perderá la suya. Una jaula de hierro reemplazará tu palacio, y algunos puñados de manjares mezquinos servirán en vez de opíparos banquetes en tu mesa.

—¿Antes morir! exclamó el caballero. Y desnudando la daga añadió:

—Tú primero; yo despues.

—¿Fratricida! gritó el moro blandiendo su espada, siempre eres el mismo.

Los aceros chocaron entre sí con estrépito, y la débil daga de Armengol rozó ligeramente el brazo del renegado. Al ver teñida de sangre su manga, rugió el agareno, y cerrando con el cristiano, dió tal mandoble, que el acero del conde vino al suelo en dos pedazos.

Cinco ó seis africanos que habian presenciado el combate ataron al cristiano, sin que opusiese la menor resistencia; reconcentró en su pecho el dolor y el despecho, resignóse á su suerte y hasta á los suspiros se negaron sus lábios.

Osmin acompañó á su hermano hasta dejarlo encerrado en una de las mazmorras que ordinariamente servian para los prisioneros, de cuya puerta se llevó la llave.

Cuando el renegado regresó al palacio encontró dobladas las guardias en aquel recinto, y á pesar de su posicion fatima apenas hubiese logrado penetrar en él á no haberle divisado Abem-gamia que estaba en lo alto de la escalera con el alfange en la mano.

—El embajador, gritó á Osmin. ¿En dónde está el conde de Urgel?

—En los subterráneos del alcázar para que mañana pueda colocarse su cabeza en las almenas del castillo.

—Has hecho bien, prosiguió el rey, pues á no dudar sabias la traición que tramaba con Giafar y con mi sobrino Ismael.

—¡Traicion! exclamó Osmin sorprendido.

—¡Como! ¿has reducido á prision al cristiano e ignoras su infame plan?

—Lo temia, respondió el renegado, cuya frente sudaba gota á gota.

—Han sido sorprendidos los dos musulmanes que, fugitivos de Alcaráz, habian penetrado en la ciudad con el objeto de facilitar la entrada por la puerta de Huesca, á las tropas del conde-rey. Un esclavo fiel acaba de revelarme su secreto y los dos han sufrido su castigo.

—¡Y el ejercito cristiano está en las cercanías! preguntó el favorito con afán.

—Desde las murallas puedes percibirlos, á pesar de la oscuridad de la noche.

—De este modo verán ellos tres cabezas en la barbacana, dijo con acento feroz el renegado.

—Entretanto, repuso el rey, vuelve á la prision del embajador y registra cuidadosamente sus vestidos, puede que en ellos se encuentre alguna otra prueba de su felonía que nos descubra los cómplices que quedan en la ciudad.

En una de las estancias de la casa que habitaba la familia de Giafar, general de la caballería sarracena, ó visir, segun ellos le llaman, estaban reunidos varios moros y cuatro cristianos: aunque estos últimos llevaban traje musulman era fácil conocerlos por su acento y frases que usaban.

Continuará

J. Fernandez.

Ante dos tumbas.

Las ví pasar radiantes
De juventud y vida,

En sus frentes llevando y en sus ojos
El vivo fulgor de Andalucía.

Sobre ellas revolando
Con plácida sonrisa,
Los géminos del amor y la fortuna
Entre sueños dorados las mecian.

Eran casi dos ángeles...
Eran casi dos niñas...
Dos lirios que entreabrianse gallardos
En los verdes pensiles de Sevilla.

Dos blancas mariposas
Con las alas tendidas,
Esperando las brisas de la muerte,
Para volar del mundo fugitiva!...

.

Recuerdo aquella noche
Que el júbilo y la dicha
Cobijaban unidos, un alcázar
Del pacífico Betis á la orilla.

Los débiles murmullos
Del aura y de las linfas,
Con el eco de músicas alegres
En extraño rumor se confundian.

Entre frescos naranjos
Y magnolias y lilas
Que en el parque se elevan, ofreciendo
Sombra y perfumes á la estancia rica,

Globos de luz radiaban
En la enramada umbria
Como flores fantásticas de fuego,
Como flores del cielo desprendidas.

Y allá... bajo las bóvedas
De régias galerías
Que decoran heráldicos blasones
Y que lienzos artísticos tapizan,

Donde puros se ostentan,
Del génio maravilla,
Almos grupos de vírgenes y niños
Que extático Murillo sorprendia,

Esa noche encantada
Que mi mente no olvida,
Cuyas horas fugaces resbalaron
Como un sueño de amores y delicias,

Entre hermosas mujeres
Y suspiros y risas

Y oleadas de tules y de encajes
Y torrentes de aromas y armonías,

Las vi ufanas, con rosas
Y con perlas ceñidas;
¡Perlas y rosas que trocó la muerte
En guirnalda de tristes siemprevivas!...

De Mercedes, las negras
Ardorosas pupilas,
Brillaban de su vida en los albores
Cual sol que nace, en el oriente brilla.

Y Pilar melancólica,
Inocente, expresiva,
Con sus ojos azules y serenos
Una noche de luna parecía...

¡Ay!... pasaron tan bellas...
¡Quien creyera, Dios mío!... que marchitas
Las flores al abrirse se agostarían!...
¡Que la aurora al ocaso se uniera!...
¡Que eran solo dos blancas mariposa,
con las alas tendidas...

.
.

Ayer, la hermosa frente
Doblando pensativa,
Desde el egregio solio Castellano
Subió la Reina á la mansion del día:

Y afanosa siguiéndola,
Hoy por escala mística
La Infanta virgen álzase cantando,
Como la alondra al remontarse trina.

Parece que amorosos
Los ángeles ansian
Engalanar sus célicos vergeles
Con las púdicas lises de Castilla!...

Cuando al romper la cárcel
En que el alma se agita
Por gloriosos espíritus guiado
Hacia la luz tu espíritu ascendía;

Cuando cruzaste rauda,
¡Oh! Princesa! cual tenue nubecilla,
Ese espacio que anubla pensamiento
Si audaz entre sus piélagos se abisma;

Esa extension inmensa,
Esa mar sin orillas,

Cuyos límites busco y no los hallo
Y que abruma juzgándola infinita...

Cuando tras ti dejaste
Las esferas, que giran
Quizas como el filósofo soñara
Formando sonos de cadencias rítmica.

Y sin velos ni sombras
Brillará ante tu vista.
La recóndita esencia de esos seres
Que no concibe la razón mezquina,

Cuando en ese vacío,
Do la mente se asfixia,
Al fulgor de otros soles misteriosos
Que otros mundos más altos vivifican,

En el éter flotarás
(Que apenas se imagina)
Donde flotan las almas luminosas
Cual loto azul en la laguna límpida,

¡Que feliz á tu hermana
Por siempre te unirías,
De la eterna Sion sobre las cumbres...
En el foco perenne de la vida!...

.
.

Si en la calma solenne
De la noche tranquila
Sentis como oraciones y suspiros
Como rumor de alas que se agitan,

Si de régio palacio
Sobre la mole altiva
Veis que cruzan dos pálidas visiones
De vestes impalpables revestidas,

¡Ah, no temáis, son ellas...
Son ellas, que solícitas
Descienden á velar por los que amaron
Cual mensajeras del Señor benditas...

Velad... velad constantes...
Defended á Castilla,
Como el santo Querub que el paraíso
Con su espada de fuego defendía!

Josefa Ugarte-Barrientos.

UN MAR SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

(CONTINUACION.)

—Aléjese V. ahora, dijo Dubois dirigiéndose a Fausto, que su primera mirada no vuelva á encontrarle por segunda vez.

Meran se alejó algunos pasos, y el médico prosiguió en su tarea.

Los miembros de la condesa de Maravel fueron perdiendo su rigidez y su frialdad de marmol, y sus ojos pudieron abrirse y examinar cuanto la rodeaba.

Una expresión de extrañeza infinita fué el primer sentimiento que pudo leerse en ellos.

Después quiso incorporarse, pero no pudo conseguirlo, y solo logró llevar ambas manos á su garganta con un ademán de dolor.

Dubois que la observaba, se aproximó á ella, y cogiendo su mano apoyó los dedos en el pulso, sin que la joven se opusiera á ello.

O no le reconocía, ó no podía comprender en aquél instante donde estaba ni qué circunstancias la rodeaban.

Bien es verdad que la desgraciada no podía adivinar todo el horror de su situación.

Privada de sentido completamente durante tantas horas, le eran desconocidos los sucesos en que habían mediado en ellas y la infamia de que había sido víctima.

Fácil le fué, pues, á Dubois hacerle aceptar una bebida preparada por él mientras le decía con un tono de voz recatado y bajo.

—Vamos, señora, procure V. animarse, y respóndame con verdad, ¿se siente V. ya mejor y con más fuerza que hace un instante?

Elena fué á hablar, pero solo un gemido se escapó de sus labios, que no pudieron articular una frase.

El doctor la miró atentamente, y después, como recordando algo que hasta entonces tuviera olvidado.

Ah, pensó, ese hombre con su arrebató la ha hecho perder la facultad de hablar por algunos días: hé aquí una nueva cura por la que tendrá que aborname nuevos honorarios. Está visto que el futuro conde conspira contra sus intereses de una manera terrible, y que no sabrá nada de lo que desea saber si yo no le ayudo facilitándole el camino.

Elena entretanto había cerrado de nuevo los ojos y parecía sumida en un profundo sopor.

Su debilidad era estremada.

Las tres daban en aquél instante en un reloj suspendido de la pared.

Fausto hizo un seña á Dubois, que se acercó á él sin hacer ruido.

—Pocas horas de noche quedan ya, y bien sabe V. que debo volver antes que amanezca.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?

—Que antes de marchar necesito hablar con esa mujer, necesito que me diga...

—Hablaria, bien puede hacerlo; en cuanto á que ella le conteste...

—Qué!

—Será más difícil.

—Como!

—V. casi lo ha hecho imposible, al menos por ahora.

—Yo, espíquese V.

—Sin duda olvida que no hace muchas horas quiso hacerle enmudecer.

Meran hizo un brusco movimiento, pero el médico no le dejó continuar.

—Yo no lo presencié, añadió, pero estoy cierto de ello; la señal de sus dedos era demasiado visible, se destacaban impresas en la garganta. Oh! amigo mio, esa fué una imprudencia que ha podido costarle cara; ya se lo indiqué á V. antes de ahora.

—Pero en fin...?

—Esa joven no puede formular una sola frase; se lo repito.

—Pero al menos podrá oirme?

—Eso sí.

—Y podré hablarla sin peligro de...?

—De morir. Bah! yo no puedo responder de eso.

—Pues no aseguraba...?

—Que volveria del letargo en que ha estado treinta horas consecutivas; y bien, ya vé V. que no me he engañado. La hemos sacado del sepulcro y aún vive.

—Pero si ahora...

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los Mandamientos.

(CONTINUACION).

Desde aquél día, todos le miraron con horror, huían de su lado y le señalaban al pasar como un gran criminal á quien Dios habia marcado con su mano. Su vida fué muy triste, hijos míos, porque nadie le queria ya! Solo, destrozado por los remordimientos, consumido por la pena, encanecido, viejo antes de tiempo, enfermo de alma y de cuerpo, murió al fin devorado por una lenta enfermedad, en la que nadie le quiso asistir. Todas las noches en medio del delirio de la fiebre veía á su hija ensangrentada, pálida, acusándole de su muerte! Oh! su agonía fué horrorosa! ¿Y qué otra suerte podía caberle? ¿Qué otra suerte podía tener el que habia querido robar una esposa á su esposo, una madre á su hijo? Pensad vosotros qué desgraciados seriais si os arrebatasen á vuestra madre, y qué castigo mereceria el que tal intentase hacer! pensadlo, hijos míos, y mañana, cuando la luz de la razon alumbre vuestra mente respetad el santuario del hogar doméstico, respetad la madre, la esposa ajena: respetad los lazos que Dios formó y que solo la mano de la muerte puede desatar: respetad, en fin, la familia, y jamás trateis de introducir en ella la discordia ó la desunion.

No desear los bienes ajenos.

Margarita era una niña como la flor que lleva su nombre.

Vivia con su padre y con su abuelita en una modesta casa, la más pequeña acaso, pero la más alegre de la aldea.

Dios, misericordioso y bueno siempre, dá á cada una de sus criaturas aquello que mejor puede hacer su felicidad, y el que dude un momento de ello ofende su piedad y su inmensa sabiduría.

Margarita, pues, tenía un precioso huerto en donde se criaban perfumadas y frescas flores que daban envidia á todas las muchachas del pueblo; tenía algunas palomas que venian á comer en su mano: una cabrita blanca que corría siguiéndola y se dejaba ordeñar por ella, y un perro que compartía sus juegos, y era su fiel compañero; tenía además y sobre todo esto, un padre bueno y una abuela virtuosa é indulgente que la amaba con toda su alma y la bendecía todos los días en nombre de Dios; y sin embargo de todo esto, aquella niña, que hubiera debido dar gracias al Hacedor Supremo por tanta dicha, estaba triste, de vez en cuando suspiraba, y hasta miraba con desden cuanto la rodeaba.

Todo su afán, toda su distraccion era sentarse á su puerta y mirar constantemente una gran casa contigua á la suya, en donde habitaban unos ricos señores resienidos de París.

—¡Quien tuviera una hermosa casa como esa! decía muchas veces; ¡quién tuviera coche, criados y ricos vestidos, como tiene la señorita Adriana! ¡qué feliz es, mientras que yo, pobre, teniendo que aprender á trabajar, vivo aquí sin disfrutar nada, sin gozar los encantos y los placeres de la vida.

—Dá gracias á Dios, hija mía, dijo una voz á su espalda, un día que Margarita acababa de hacer estas reflexiones: dá gracias á Dios, que te concede una vida tranquila y apacible, sin azares y sin temores, y no codicies para tí los bienes ajenos, que cuando á Dios no le plugo dárteles, no te convendrán sin duda.

—¡No convenirme! contestó Margarita con amargo acento. ¿Acaso hay alguien á quien no convenga ser rica, mimada y considerada de todos? ¡Oh! pues si por codiciarlos habia yo de tener los bienes de la señorita Adriana, á fé á fé que ya fueran míos hace tiempo.

—¿Luego no te convencen mis palabras?

—¡Ay, abuela! V. es ya anciana y por eso tiene en poco los dones que gozan otras y no los desea: pero si tuviese mi edad...

—Siempre pensaria lo mismo te lo aseguro; y tal vez algun dia te convenzas de que tengo razon.

Margarita hizo un gracioso gesto de incredulidad, y volvió á sus meditaciones.

Pocos días despues Adriana se encontró con ella en el campo, y las dos niñas, que se habian visto muchas veces, cambiaron algunas palabras con la franqueza de los pocos años.

La niñez es confiada y expansiva y en breve la rica señorita y la hija de la aldea se llamaron amigas.

Margarita penetró en casa de Adriana, y vió por todas partes la riqueza y el bienestar; pero no halló la calma y la alegría que ella esperaba encontrar.

Muchos días veía pálido y sobresaltado el semblante de la madre de su nueva amiga, y á veces tambien sorprendia en él las huellas de recientes lágrimas.

—Por qué lloran? ellos que poseen tantos bienes? se preguntaba la niña ¡oh! si yo los tuviera, es seguro que siempre estaria risueña y alegre.

Tambien el padre de Adriana se mostraba de continuo triste y preocupado, sin salir de casa y temeroso de que lo viesen.

¡Ay! en aquella época, bien triste para la Francia, tenía hartos motivos para temblar todo el que poseia una regular fortuna ó un título de nobleza, puesto que al grito de igualdad y fraternidad se cometian los más terribles abusos, con los que pertenecian á la aristocracia del oro ó de la sangre.

Por eso la familia de Adriana habia dejado precipitadamente á París, y habia venido á refugiarse en aquella pobre aldea, donde aun no ardía la espantosa tea del incendio y la desolacion.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de «La Madre de Familia.» Darro 45.